

un problema para el concilio

• ENRIQUE J. LAJE, S. J.

EN su alocución del 28 de junio pasado, con motivo de la consagración de nuevos obispos, Pablo VI afirmó la sacramentalidad del episcopado y su posible confirmación por parte del Concilio Ecuménico. "La gran mayoría de los teólogos modernos, dijo el Papa, nos asegura, y tal vez dentro de muy poco la voz del Concilio Ecuménico lo confirmará, que según la más amplia y antigua tradición, la ordenación episcopal tiene valor de sacramento; es, por tanto, una fuente de gracia, es un don divino, es una riqueza espiritual, es una santificación superior. El rito que acaba de celebrarse no es, aún dentro de la solemnidad de su celebración, una simple transmisión de poderes litúrgicos, didácticos y jurídicos; es una perfección conferida al alma de cada consagrado, el cual, antes de ser santificador de los demás, es él mismo santificado.

"Más aún, continúa el Papa, la obra del Espíritu Santo, como sabemos, en el Sacramento del Orden, no consiste solamente en el conferimiento de la gracia a aquél que lo recibe, sino en la impresión, además de un carácter, que asimila el alma del consagrado al sacerdocio de Cristo, en grado sumo, en verdadera plenitud para quien del Orden Sagrado es elevado al grado episcopal. Y si, por desventura de la fragilidad humana, puede que ya Cristo ha asociado de tal modo

darse el caso de que esa gracia se apague, no se cancela en cambio el sello sacramental, no desaparece la aptitud para ser instrumento de Cristo, de tal modo que la validez del ministerio será independiente de la santidad del ministro, por a sí mismo al ministro que substituye en él toda efectiva causalidad". (1)

La sacramentalidad del Episcopado ha ocupado un lugar prominente en las recientes discusiones conciliares y lo seguirá ocupando. La gran mayoría de los Padres del Concilio parece inclinada a pronunciarse por la sacramentalidad de la consagración episcopal, reflejando así la opinión casi unánime de los teólogos contemporáneos.

Con todo, se oyen todavía voces en la oposición, ecos de una antigua tradición que se remonta hasta San Jerónimo y el Ambrosiaster.

ORIGEN Y DESARROLLO DE LA CONTROVERSIA

Durante el pontificado del Papa Dámaso (366-384), con la intención de refutar a los diáconos romanos que se consideraban iguales a los presbíteros, el autor anónimo conocido bajo el nombre de Ambrosiaster afirma la igualdad en el sacerdocio de los obispos y de los presbí-

(1) PABLO VI, *Alocución del 28 de junio de 1964*, L'Osservatore Romano, ed. castellana, Bs. As., 14 de julio de 1964, p. 1, col. 1-3.

teros. Según el Ambrosiaster, los diáconos deben someterse a los presbíteros como al obispo, porque éste no es más que el primero entre sus iguales. El obispo ocupa la presidencia del colegio de los presbíteros sin tener por eso una gracia sacramental particular. (2)

San Jerónimo también toma posición contra los diáconos en su carta CXLVI a Evangelus (3) y en su comentario a la Epístola a Tiro (4) (387-389). Su pensamiento se reduce a los siguientes puntos. (5) Al comienzo, no había distinción entre obispos y presbíteros, ni en el orden, ni en la jurisdicción. Ambas denominaciones se usaban indistintamente para designar a los mismos sujetos. Las Iglesias locales estaban gobernadas colegialmente por los presbíteros. Sin embargo, cuando comenzaron las primeras disensiones (1 Cor. 1, 12) y para evitar cismas futuros, se decidió que en cada iglesia, uno de los presbíteros fuera elegido para tomar en sus manos el gobierno. El elegido, aunque superior a los otros presbíteros por sus poderes, permanecía, sin embargo, su igual en el sacerdocio. No había, por tanto, necesidad de una nueva ordenación para instituir un obispo. Por eso, en Alejandría, durante mucho tiempo, se contentaban con elegir al candidato y hacerlo sentar en un trono más alto sin una ulterior consagración. Esta afirmación de San Jerónimo sobre los usos de la Iglesia de Alejandría es confirmado

por otros dos testimonios concordantes, el de Severo de Antioquía, y el de Eutiques.

Los obispos son, sin embargo, para San Jerónimo, los sucesores de los Apóstoles. Les está reservado el derecho de conferir la ordenación sacerdotal por una costumbre de la Iglesia más que por disposición divina. La imposición de las manos que sigue al bautismo se reserva al obispo solamente "ad honorem", pues, de hecho, cualquier presbítero puede confirmar. La diferencia entre el obispo y el presbítero es así, para Jerónimo, simplemente una cuestión de poder y no un problema de gracia sacramental.

A comienzos del s. V, el autor anónimo del libro "De septem ordinibus Ecclesiae" (6), para defender el derecho de los clérigos contra un obispo demasiado autoritario, usa los mismos argumentos que San Jerónimo. En la Edad Media el de "Septem ordinibus" fue atribuido a San Jerónimo, y el Ambrosiaster a San Agustín y a San Ambrosio.

Se encuentra huellas de la misma teoría en Pelagio (s. V), Juan Diácono (s. VI), Isidoro de Sevilla (s. VII), y en gran número de autores latinos de los s. VIII al XII.

Entre los grandes escolásticos de la Edad Media prevalece también la opinión de que el episcopado no es un orden sagrado, sino un oficio. Para ellos no puede haber un acto más excelente que el de consagrar el cuerpo y la sangre de Cristo, y, por consiguiente, el presbiterado es el grado más alto del sacerdocio. En el fondo, son los mismos argumentos de San Jerónimo repetidos por Hugo de

(2) Cfr. G. BARDY, art. *Ambrosiaster*, Dict. Bibl. Suppl., I, col. 225-241.

(3) Ed. Hilberg, C.S.E.L. 56.

(4) P. L., 26, 562-563.

(5) Cfr. J. LECUYER, *Le Sacerdoce dans le Mystère du Christ*, París 1957, pp. 369-371; D. FERNANDEZ, *Distinción entre episcopado y presbiterado u su problemática respecto al ministro extraordinario del sacramento del Orden*, XV Sem. Esp. Teol., Madrid 1956, pp. 119-223.

(6) El texto está editado en Migne, aunque de manera defectuosa (P. L., 30, 148 s. o 153 s.). Hay una edición preparada por A. KALFF, *Ps. Hieronymi De septem Ordinibus Ecclesiae*, Würzburg, 1938.

San Víctor, Pedro Lombardo, San Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás, y por la mayoría de los teólogos del s. XIII al XV.

Posteriormente, nunca han faltado los defensores de esta tesis, Gonet, Billuart, Billot, Hugon... (7).

La base de la distinción entre el obispo y el presbítero, según la tradición que se remonta hasta San Jerónimo y el Ambrosiaster, no es, por tanto, un poder cultural, sino un poder de gobierno, no el poder sobre la Eucaristía, sino el poder sobre el Cuerpo Místico.

El influjo de San Jerónimo hizo que la reflexión teológica se centrara sobre los poderes del sacerdocio, dejando en la penumbra el problema de la gracia sacramental conferida por el rito de la ordenación.

UN NUEVO ENFOQUE: EL ARGUMENTO LITURGICO

Los teólogos modernos, en cambio, al replantearse el problema, procuran encontrar un nuevo camino, tomando como punto de partida para su investigación, la noción de sacramento como signo eficaz de la gracia. Este nuevo enfoque se apoya en la afirmación del Concilio de Trento de que para decidir si un rito litúrgico es un sacramento, lo que importa es saber si ese rito confiere una gracia, un don del Espíritu Santo. (8) La naturaleza de esa gracia, y los poderes que de ella proceden constituyen un problema que debe ser considerado posteriormente. Por tanto, para saber si el episcopado es sacramento, lo

primero que hay que preguntarse es si el rito de la consagración episcopal confiere o no una gracia. Una antigua tradición de una respuesta afirmativa a esta pregunta, pues "todas las liturgias de la consagración episcopal, desde Hipólito de Roma hasta hoy, manifiestan unánimemente que por el rito de la imposición de las manos y la oración consagrante, se da una gracia nueva del Espíritu Santo, que es una gracia sacerdotal". (9)

El testimonio de Hipólito de Roma (s. III) es de suma importancia por su antigüedad. (10) En su obra, la "Tradición apostólica", (11) se encuentra el ritual romano más antiguo de la consagración episcopal. En éste, por el rito de la imposición de las manos y de la oración consagrante, se confiere al nuevo obispo una gracia del Espíritu Santo que es una gracia de pastor, de jefe, de testigo y de gran sacerdote. (12)

Los Sacramentarios Leonino y Gregoriano (13) presentan el rito romano primitivo sin las adiciones posteriores. El rito consta solamente de las oraciones con la imposición de las manos y se refiere

(9) J. LECUYER, *Orientations présentes de la Théologie de l'Épiscopat*, En: *L'Épiscopat et l'Eglise Universelle*, (Unam Sanctam 39), París 1962, pp. 785-786.

(10) Cfr. B. BOTTE, *L'Ordre d'après les prières d'Ordinations*, en: *Études sur le Sacrement de l'Ordre*, París 1957, pp. 14 s.; J. LECUYER, *Épiscopat et presbytérat dans les écrits d'Hippolyte de Rome*, *Rech. de Sc. Rel.*, 41 (1953) 30-50.

(11) Para el texto cfr. HIPPOLYTE DE ROME, *La Tradition apostolique*, éd. B. Botte, París 1946. Una edición más técnica es la de G. DIX, *The Treatise on the Apostolic Tradition of St. Hippolytus of Rome*, Londres 1947.

(12) Para un estudio de la gracia propia de la consagración episcopal, véase J. LECUYER, *La grace de la consécration épiscopale*, *Rev. des Sc. Phil. et Théol.*, 36 (1952) 389-417.

(13) *Sacramentarium Leonianum*, ed. C. - L. Feltoe, Cambridge 1896; *The Gregorian Sacramentary*, ed. H. - A. Wilson, Londres 1915.

(7) Cfr. D. FERNANDEZ, art. cit., pp. 128-155. Sobre la verdadera posición de Sto. Tomás disputan los autores, cfr. J. LECUYER, *Aux origines de la théologie thomiste de l'Épiscopat*, *Greg.* 35 (1954) 56-89.

(8) Denz. 959; cfr. J. LECUYER, *Le Sacerdoce dans le Mystère du Christ*, p. 400.

al obispo como al sumo sacerdote del Nuevo Testamento.

En cuanto a los ritos orientales, el documento más antiguo de Antioquía se encuentra en las "Constituciones apostólicas", (14) compilación apócrifa de fines del s. IV o comienzos del V. El ritual de la ordenación no es más que la ampliación del de Hipólito. En Alejandría, el documento más antiguo es el "Sacramentario de Serapión". (15) En la oración de la consagración episcopal se presenta al obispo como sucesor de los Apóstoles, y se pide para él el don de la gracia acordada a todos los verdaderos servidores de Dios, profetas y patriarcas.

En todas estas liturgias aparece como tradición universal la imposición de las manos en la consagración episcopal. Es un acto colectivo del cuerpo episcopal que agrega el nuevo elegido al *ordo episcoporum*. Por la imposición de las manos se transmite de generación en generación el don del Espíritu Santo necesario para regir la Iglesia y continuar la obra apostólica. Pero la consagración no es meramente la transmisión de poderes jurídicos o litúrgicos, es también un acto que confiere una gracia de santidad. (16)

Martimort hace notar que dado que el orden, en todas las liturgias antiguas se presenta como un sacramento tripartito en el que las tres ordenaciones son simétricas, correspondiéndose perfectamente la imposición de las manos y un prefacio eucarístico que invoca la venida del Espíritu Santo, no hay razón ninguna para atribuir el carácter sacramental a

una de estas ordenaciones sin afirmarlo de las tres, ni para negárselo a una sin que se lo niegue a las tres". (17)

Por otra parte, son numerosos los casos de sujetos que fueron consagrados obispos directamente sin haber recibido antes la ordenación sacerdotal. (18) Este hecho litúrgico parece demostrar que el episcopado contiene al presbiterado y que por tanto es el sacramento del orden en su plenitud. Porque, "si, independientemente de la ordenación sacerdotal, es un sacramento, imprime carácter, y confiere todos los poderes sacerdotales y todas las gracias propias del sacramento del Orden, además de la potestad propia episcopal, debemos reconocer que el episcopado es un sacramento que contiene en sí la plenitud del sacerdocio". (19)

La liturgia actual mantiene el rito de la imposición de las manos con la invocación del Espíritu Santo. Los tres obispos consagrantes pronuncian a una las palabras: "Accipe Spiritum Sanctum", recibe el Espíritu Santo.

El Concilio de Trento, después de enseñar que la ordenación sagrada es un sacramento instituido por Cristo, (20) anatematiza a quien se atreva a afirmar que la ordenación no confiere el Espíritu Santo, y que, por tanto, los obispos pronuncian en vano la fórmula "Accipe Spiritum Sanctum". (21) Estas palabras, citadas por el Concilio, son pronunciadas en la ordenación del diácono y del

[14] Cfr. *Didascalia et Constitutiones Apostolorum*, ed. F. - X. Funk, Paderborn 1905, t. I, pp. 470-478 (episcopado) y 520-525 (sacerdocio y diaconado).

[15] Cfr. FUNK, op. cit., t. II, pp. 190-191.

[16] Cfr. B. BOTTE, *L'Ordre d'après les prières d'ordination*, pp. 30-35.

[17] MARTIMORT, *De l'évêque*, Paris 1946.

[18] Cfr. M. ANDRIEU, *La carrière ecclésiastique des papes et les documents liturgiques du Moyen Age*, Rev. des Sc. Rel., 21 (1947) 90-120; *Les Ordines Romani du Haut Moyen Age*, III, Lovaina 1951, pp. 572 s.

[19] D. FERNANDEZ, art. cit., p. 171.

[20] Denz. 963.

[21] Denz. 964.

presbítero, y en la consagración del obispo, en la que el obispo consagrante con los dos asistentes, las pronuncian imponiendo las manos sobre la cabeza del elegido.

Los nuevos obispos, en virtud de su consagración, reciben así al Espíritu Santo que Jesús había prometido a los Apóstoles y que descendió sobre ellos el día de Pentecostés.

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Durante toda la Edad Media el Magisterio Eclesiástico no se había pronunciado sobre la sacramentalidad del Episcopado. Pero el Concilio de Trento comienza una etapa capital para la elaboración de esta doctrina con la publicación de la constitución apostólica "Sacramentum ordinis".

Trento afirma la unidad de un sacerdocio y de un sacramento del orden (22) en el cual hay que distinguir tres grados: el episcopado, el presbiterado y los otros ministros. (23)

Define además que los obispos son superiores a los presbíteros. (24) Pero evita expresamente la cuestión disputada sobre la naturaleza de esa superioridad, es decir, si es de derecho divino o meramente eclesiástico.

Declara también que los presbíteros no pueden confirmar ni ordenar por oficio, y que no tienen los mismos poderes de orden que los obispos. (25) Pero no pretende definir que los presbíteros no tienen esa potestad en virtud del orden, y que, por tanto, no pueden confirmar o conferir órdenes mayores con delegación

pontificia. Niega solamente que los simples presbíteros puedan confirmar u ordenar lícitamente sin delegación alguna. (26)

La práctica de la Iglesia confirma esta interpretación, pues hoy es frecuente que un simple sacerdote administre el sacramento de la Confirmación (27) y respecto del Orden, (28) también ha habido indultos, aunque no muy numerosos.

El Papa, en efecto, ha concedido, de hecho, a simples presbíteros la facultad de conferir órdenes sagradas, incluso el presbiterado. Son bien conocidos los documentos que atestiguan esta concesión. Bonifacio IX por la Bula *Sacrae Religionis* (29) concedió al Abad de Saint-Osith, el 1º de febrero de 1400, el poder de ordenar de mayores y menores. Esta facultad fue revocada tres años más tarde por el mismo Bonifacio IX, por medio de la Bula *Apostolicae Sedis*. Martín V por la Bula *Gerentes* (30) concedió el mismo privilegio al Abad de Alzelle, el 16 de noviembre de 1427. E Inocencio VIII por la Bula *Exposcit*, (31) el 9 de abril de 1489, concedió a varios abades cistercienses la facultad de conferir el subdiaconado y el diaconado.

Superadas algunas prevenciones "hoy

(26) Cfr. D. FERNANDEZ, art. cit., pp. 156-164; N. LOPEZ MARTINEZ, *La distinción entre obispos y presbíteros*, en: XXII Sem. Esp. Teol., Madrid 1963, pp. 89-93.

(27) Cfr. MOSTAZA, *El problema del ministro extraordinario de la confirmación. Estudio histórico-teológico-canónico*, Salamanca, 1952.

(28) Cfr. BEYER, *Nature et position du Sacerdote*, N. R. Th. 76 (1954) 356-373; 469-480.

(29) Texto publicado por Dom Fofi, en la *Scuola Cattolica* 52 (1924) 181.

(30) Publicada por K. - A. Fink, en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Kanonist.* 32 (1943) 506-508.

(31) Texto reproducido frecuentemente, v. g. *Etudes Franciscaines*, febrero 1901, p. 130. La copia se encuentra en los Archivos Vaticanos (Arm. 54, tom. 8, fol. 295).

(22) Denz. 961.

(23) Denz. 960; 966.

(24) Denz. 967.

(25) *ibid.*

se reconoce la autenticidad de estas bulas y se da por supuesto que, si el Papa concedió a simples presbíteros la facultad de conferir órdenes mayores, podía hacerlo". (32) Se ha retomado así "la tesis antiguamente sostenida por numerosos canonistas y por Vásquez, según la cual, el Papa puede delegar a un simple sacerdote para conferir el diaconado y aún el presbiterado". (33)

Por consiguiente, aunque el obispo es el ministro ordinario de la confirmación y del orden, el simple sacerdote puede ser ministro extraordinario.

Pero esto no se opone ni a la superioridad, ni a la sacramentalidad del Episcopado, pues el modo de poseer la facultad de ordenar y de confirmar es diferente. El obispo la posee en virtud de la consagración, el presbítero, en cambio, necesita de un poder complementario, la delegación. (34)

Por otra parte, no se conoce ningún documento pontificio que haya otorgado a un simple presbítero la facultad de consagrar a un obispo.

Posteriormente a Trento y hasta Pío XII, el Magisterio de la Iglesia no ha sido suficientemente explícito. El canon 108, § 3 del Código de Derecho Canónico y la carta "Apostolicae curae" de León XIII sobre las ordenaciones anglicanas, aunque hablan de la sacramentalidad del episcopado, se prestan a una exégesis dudosa. (35)

Es Pío XII quien da comienzo a una etapa definitoria en el terreno dogmático

con la Constitución Apostólica *Sacramentum Ordinis* del 30 de noviembre de 1947. (36)

Pío XII determina la materia y la forma del diaconado, presbiterado y episcopado. Y luego de recordar que todos los sacramentos del Nuevo Testamento deben significar la gracia que causan y causar la gracia que significan, indica que este efecto siempre ha sido atribuido al diaconado, presbiterado y episcopado por la imposición de las manos y las palabras que la determinan. (37) Afirma, por consiguiente, la sacramentalidad del episcopado.

Recientemente Juan XXIII en su alocución de mayo de 1960, después de consagrar catorce nuevos obispos, afirmó también la sacramentalidad del Episcopado. "El humilde Sucesor de Pedro, dijo el Papa, rodeado por los veteranos de la Iglesia, repite, aunque con diversa fórmula, la invocación primitiva, repite el gesto de la transmisión del carácter episcopal y de la gracia". (38)

CONCLUSION

El Concilio puede apoyarse en argumentos suficientemente sólidos para declarar la sacramentalidad del episcopado. Pues todo rito sensible que confiere una gracia es sacramento, y la tradición litúrgica de la Iglesia ha visto siempre en la consagración episcopal, un rito que confiere una gracia, un don del Espíritu Santo. Podemos, por tanto, decir con Pablo VI y la mayoría de los teólogos contemporáneos que "según la más amplia y antigua tradición, la ordenación episcopal tiene valor de sacramento". ♦

[32] N. LOPEZ MARTINEZ, art. cit., p. 95.

[33] CONGAR, *Faits, problèmes et réflexions à propos du pouvoir et des rapports entre le presbytérat et l'épiscopat*, La Maison-Dieu 14 (1948) 113.

[34] Cfr. D. FERNANDEZ, art. cit., p. 225-226.

[35] Cfr. N. LOPEZ MARTINEZ, art. cit., pp. 88-93; 100-101.

[36] AAS 40 (1948) 5-7.

[37] Denz. - Schönmetzer 3858.

[38] AAS (1960), 466.